

Del educar en el amor, al amor por educar

Miguel Ángel Pérez Reynoso

Doctor en educación. Director de la Universidad Pedagógica Nacional-Guadalajara (Unidad 141). mipreynoso@yahoo.com.mx

En estos días de incertidumbre y de confrontaciones políticas e ideológicas cobra una especial relevancia el educar con amor y el encontrarle sentido (amoroso) al acto y a la tarea de educar.

La llamada Pedagogía del Amor es una de las más recientes modas académicas. El amor visto como ese motor que mueve todas las cosas que pasan por la educación. Para este Día del Maestro, he decidido plantear de manera central la paradoja que dice:

Se trata de pasar de educar en el amor, por el amor por educar. Y me quedo en este homenaje a los miles de maestros y maestras con la segunda parte del enunciado, “El amor por educar”. El cual atraviesa cuando menos cuatro grandes sentidos complementarios:

- a) El amor a educar en la virtualidad y bajo contextos remotos y distantes. Como se ha venido haciendo en los últimos meses en donde el pliegue educativo pasó de un esquema presencial a uno virtual y a distancia.
- b) El amor a educar en contextos adversos de pobreza, inseguridad y profunda marginalidad. El sujeto que ama lo que hace no se detiene a pensar en dónde está o quiénes son los destinatarios de su tarea de enseñanza lo hace con toda la pasión y con la mayor entrega. Y mientras el contexto sea más pobre más se necesita de su trabajo.
- c) El amor a educar a niñas y niños difíciles que ni siquiera desean ser educados. La pasión por educar transforma el desinterés por compromiso de formarse.

d) El amor a educar con amor y con pasión todos los días, de todos los años. El sujeto que enseña no solamente ama lo que hace, sino que también se ama a sí mismo en la profesión de enseñar.

La docencia es una de las profesiones más difíciles por todo lo que implica, es por ello que aquí cobra especial sentido esta dicotomía de amar lo que se hace, pero a partir sólo de amarse a sí mismo en la profesión. El amor por la docencia implica, lejos de lo que se pudiera pensar, no conformarse con las condiciones ya dadas, sino cuestionar y comprometerse a transformar dichas condiciones de tal manera que se garantice un mejor clima para educar.

Para lograr el amor por educar, requerimos una nueva pedagogía, la pedagogía del amor y una vocación inédita que le dé sentido amoroso a todos los actos de enseñar.

El amor por la práctica, por la profesión y por la tarea de educar, no sólo está en el sujeto que educa, sino también en el entorno en donde educa, en el círculo de colegas con los que se reúne, en la convivencia de cada día, en los libros que se leen, en las películas que se disfrutan, en las charlas y conversaciones que se comparten, aun las más informales. El amor por educar es total y es completo, no fragmenta al sujeto que lo hace, sino estaríamos hablando de aun amor fragmentado en educación.

El amor por educar sólo surge de sujetos amorosos que vivan con pasión todo lo que hacen y de las cosas que producen con dicha tarea de educar.